

Letras al margen

UN BUEN PASEO INTELLECTUAL

◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

Desde tiempos de Montaigne, a quien se atribuye, si no la invención del género, sí su puesta en funcionamiento como lo conocemos en la actualidad, se dice que el ensayo no pretende otra cosa que pasar al papel una suerte de conversación, ya sea entre el autor y el lector, o bien del autor consigo mismo, sin que intervengan mayores artificios retóricos, es decir, una conversación natural, como si se tratara de una sobremesa, sobre cualquier tema de interés para quienes intervienen en ella.

Esta condición de “naturalidad” es difícil de aplicar a muchos de los ensayos con los que nos vamos topando en nuestras vidas de lectores, ya que se nos presentan como tales ciertos escritos que

pertenecen a otra clasificación, como las monografías, los tratados, los estudios, las introducciones y hasta las reseñas, que quizá tengan muchas de las características del género, excepto, por supuesto, la de naturalidad conversada; pues ¿qué hay de natural en una página que el autor atiborra con esquemas, alusiones a datos duros y con múltiples citas a pie de página? A mí en lo particular me resultaría imposible sostener una charla en la cual mi interlocutor tuviera que detenerse a cada momento para demostrarme con cifras y fichas bibliográficas que está diciendo la verdad.

Tal vez por eso, de entre todos los tipos de ensayo que se publican, o que pasan por serlo, mi preferido es aquel al que ha dado en llamarse

“ensayo personal”, o “ensayo creativo”, para diferenciarlos de los que proceden de una investigación exhaustiva o los que se abocan a la interpretación de algo. El ensayo personal y creativo es el que más se acerca a lo que deseaba Montaigne en el momento de tratar de definir el género: inicia sin formulismos retóricos, como si se derivara de los temas tratados de antemano en una plática, y comienza a crecer y a extenderse conforme más ideas se enredan al tronco del tema principal; a veces llega a una conclusión, a veces no es necesario, pues, como en las charlas informales, su intención no es sino pasar revista a una serie de hechos o de planteamientos; está escrito con un lenguaje sencillo —de acuerdo con el vocabulario y la cultura de su autor—, y quizá

su principal estrategia narrativa sea la digresión, ese impulso que nos hace desviarnos un poco de tema, rodearlo, envolverlo, pasar de largo, pero siempre regresando a él después de establecer un contexto más amplio.

Las piezas que constituyen *El corto verano del cuervo y otros ensayos*, de Ramón López Castro son como las descritas, creativas y personales. Leerlas es igual que conversar con su autor, pues para quienes lo conocemos resulta evidente que todas ellas giran en torno a los intereses que él ha privilegiado siempre: el cine, la literatura clásica y la contemporánea, los viajes a países lejanos, la historia de México y la historia universal, la narrativa de ciencia ficción, el arte y la historia militar, la familia, la seducción del lenguaje, el amor... Aún más: quien haya conversado con Ramón López Castro, como yo lo hago desde hace más de un cuarto de siglo, se dará cuenta que tanto el lenguaje como el modo en que estructura sus ensayos son su manera normal de hablar y de pensar, ya que su lenguaje en la conversación siempre es elevado, y cualquier plática con él se verá salpicada con anécdotas, referencias a autores o a hechos del pasado de las que acumula su extraordinaria erudición.

Desde la primera pieza, titulada “África mía”, advertimos que estamos ante un libro bastante personal, pues en ella se involucra no sólo la vida privada, íntima, del autor, sino que en vez de una disertación sobre el Continente Negro, lo que leemos es un recuento de las imá-



genes africanas que López Castro lleva en la memoria, gracias sobre todo al cine, a la literatura y a esa amante ocasional que, desde Málaga, le señala en el océano la línea de sombra que proyecta la tierra en lontananza. Esa primera pieza, un ensayo breve que hace las veces de pórtico, es como un anuncio que nos dice en qué territorios nos vamos a internar conforme transcurran las páginas: en el territorio de un hombre sumamente memorioso; en las reflexiones de un escritor en extremo curioso que intenta siempre ver el revés o los reveses de las tramas; en la inventiva de un imaginador cuyo único límite parece ser el de la coherencia de las ideas.

Así, al pasar de un ensayo al siguiente, los lectores nos volvemos algo así como confidentes de Ramón López Castro en lo que respecta no sólo a sus relaciones interpersonales, sino también a sus luchas diarias en el oficio de escritor, como cuando nos habla de la creación de un personaje en el texto titulado “Vida y traición de las cosas inertes”; o a las consecuencias emocionales de un problema de salud en el ensayo que lleva por título “La mueca”; o al sencillo disfrute de unas vacaciones en compañía de sus sobrinos en la última pieza del libro, llamada “El corto verano del cuervo”. En los ensayos mencionados, uno puede

sentir que está sentado a la mesa en compañía del autor, con un café o una copa de por medio, y que las palabras simplemente fluyen sin otro propósito que el de pasar un buen rato con un amigo culto, inteligente y observador, cuyo escepticismo, o mejor dicho, cuya duda metódica, lo lleva a revisar las cosas por todos los lados posibles. Una charla sin ningún propósito aparente, pero profunda, donde los destellos de la inteligencia y la capacidad de la memoria se vuelven herramientas de convencimiento, y de la que uno emerge enriquecido con ideas e imágenes que quizá de otro modo nunca le habrían pasado por la cabeza.

No obstante, además de los textos que abordan en forma directa diversos aspectos de su vida personal, en *El corto verano del cuervo* hay otros textos que asimismo la rozan mientras parecen enfocados en otros temas, como el titulado “Camina como hombre”, que desde el título nos anuncia que se trata de las visiones de quien a lo largo de su vida ha sido un *flâneur*. En él, López Castro inicia sus reflexiones sobre el simple acto de caminar refiriéndose a un filme en el que los protagonistas realizan unas caminatas inolvidables, *Deseando amar*, de Won Kar Wai, para luego recordar lo que vio, sintió y pensó durante sus caminatas por las calles de Monterrey, por las de

PARA LÓPEZ CASTRO CONOCER OTROS TERRITORIOS E INTERACTUAR CON CULTURAS DISTINTAS ES COMPRENDER MEJOR LOS PROPIOS Y COMPRENDERSE MEJOR A SÍ MISMO.

París y las que tiene guardadas en la memoria pertenecientes a otras generaciones.

El autor no oculta su cosmopolitismo, al contrario, lo exhibe en varios de sus textos, ya que para él el viaje es otra forma de conocimiento que, además, por supuesto, deja experiencias muy gratas. Para López Castro conocer otros territorios e interactuar con culturas distintas es comprender mejor los propios y comprenderse mejor a sí mismo. Esto lo pone de manifiesto en el ensayo titulado “Los tiempos del verbo desear”, donde nos descubre que en una ciudad como Lisboa el verbo se conjuga en pasado y da paso a la saudade; que en Nueva York se conjuga en presente, pues ahí los satisfactores de los deseos se encuentran al alcance de la mano; y que él aprendió que en Washington se conjuga en futuro, pues sólo en el futuro sería posible encontrar un amor como el que imaginó en esa capital.

Viajes de estudio, viajes de placer, sesiones y más sesiones de cine, lecturas, experiencias personales, reflexiones y observaciones constituyen la materia prima con que se elaboran los textos de *El corto verano del cuervo*. Los vasos comunicantes que conectan entre sí cada una de estas fuentes son los que configuran la visión del autor,

del ensayista, hasta convertirla en un discurso rico y chispeante capaz de relacionarlo todo. Así, en el texto titulado “Inmersión”, a partir de la visita a un museo en el que contempla un submarino alemán, Ramón López Castro reflexiona sobre la muerte —uno de los temas que más rondan sus palabras— y sobre la traición. En “El amor es un jabalí en la espesura” hace un repaso de los diversos tipos de amor que embargan al ser humano, desde el amor al dinero, el amor cortés medieval, el amor místico y el amor pasión, al que identifica como un jabalí a causa de su salvajismo y su vocación destructiva. El amor al dinero, sin embargo, está analizado en un ensayo independiente titulado “La manía de la avaricia: un acercamiento filmico”, donde el autor se enfoca en los magnates financieros y creadores de crisis que nos ha retratado el séptimo arte.

Se podría decir que casi no hay tema que no interese a un ensayista como Ramón López Castro. Aunque no ocupen el centro del enfoque de cada texto, los tópicos y las ideas que se van desprendiendo de las líneas conforme se avanza en la lectura de ellos son innumerables y, aunque sea de manera rápida, son examinados con atención. En otras ocasiones, en textos breves, López Castro nos habla

de las imágenes y pensamientos que le suscitan ciertas noticias o comentarios. Por ejemplo, en el texto titulado “Naturaleza muerta con estacionamiento y rey jorobado” reflexiona sobre la terrible suerte de Ricardo III de Inglaterra, de quien ya se había ocupado en el ensayo sobre el amor, al saberse la noticia de que su cadáver fue encontrado muchos siglos después de su muerte en las obras de un estacionamiento. Cruel destino para quien, gracias a Shakespeare, es considerado el villano más redondo de la literatura occidental, en palabras del propio López Castro. Y para rematar esta relación tan estrecha entre historia y literatura, el autor nos entrega un texto donde se pasa revista a dos vidas paralelas, la de Oscar Wilde y la del narrador cubano Reinaldo Arenas, distantes en el tiempo, pero cercanas en la represión que ambos sufrieron por su orientación homosexual y que los convirtió prisioneros del sistema.

Cuando el pensamiento y el lenguaje del autor comienzan a desplegarse, el tema central del ensayo se convierte tan sólo en una suerte de paseo en el que la verdadera riqueza se halla en los detalles adyacentes, sin contar con que ese paseo puede desviarse de improvisado a causa de una digresión más atractiva. Sí, leer este libro es como dar una caminata en compañía de Ramón López Castro en la que nos dejamos seducir poco a poco por su cultura, su ingenio, su inteligencia y la calidez de su palabra. ●